

Neruda: morir para renacer 699588

"Yo no voy a morirme. Salgo
ahora/
en este día lleno de volcanes
hacia la multitud, hacia la vi-
da"

El poeta, en efecto, no se encontraba errado. Ahora que han transcurrido diez años de su muerte, cuando ya no se halla entre nosotros con su forma física, persiste en la memoria de su patria como si quisiera doblarle el pescuezo al tiempo. Ya lo anticipó en sus años postreros, fiel a la creencia de que el hombre es eterno y que a una vida individual suceden otras vidas que retoman el ciclo y lo entregan, después, a las que vendrán:

"Lo sucesivo que tiene la vida es este ir y venir de los iguales:
"Muerte a la identidad", dice la vida:
cada uno es el otro, y despedimos un cuerpo para entrar en otro cuerpo".

De allí también que su última etapa, cargada de presagios, de premoniciones, constituya una nueva reflexión de los motivos que marcaron su obra, ahondando en ellos, "reeditándolos", ahora con mirada más serena, más sabia, lejos de la pasión juvenil de su primera épo-

ca. Ya enfermo, con plena conciencia del final, había regresado a Chile en 1972, con el Nobel y la gloria, retirándose a Isla Negra, tal vez su residencia favorita, donde no dejó de escribir, llenando su casa de dispersas hojas con signos verdes que Matilde, su mujer, recogía y ordenaba. Por las mañanas, ha contado un amigo, daba largos paseos por la playa, recogiendo coracolas y aspirando a pleno pulmón ese aire que ya se le escapaba. Una ficción cinematográfica de Antonio Skarmeta -"Ardiente paciencia", exhibida hace pocos días en el Festival de Biarritz, lo imagina, por ese entonces, alentando los amores del cartero que le deja a diario su correspondencia con una machacha del lugar. El filme finaliza con el funeral de Neruda, al que no concurre esa pareja que aprendió a quererse gracias a sus versos y que no estuvo entre la multitud que le dijo adiós.

La verdad estricta, sin embargo, fue diferente. Sólo un grupo pequeño de personas, en una primavera tumultuosa llegó hasta el Cementerio General, en Santiago, para despedir sus restos. Hasta hoy tampoco han podido cumplirse sus deseos de reposar para siempre en Isla Negra, dejando abiertas sus

moradas para el pueblo. La Sebastiana, de Valparaíso, se cocía a pedruzas y un doloroso reportaje mostró los restos de lo que Neruda buscó con tanto esmero por el mundo: antiguos juguetes, relojes, piedras, sillones, frascos de límpida cristal. No se sabe cuándo esos sitios habrán de transformarse en muscos, como es el deber y el testimonio, a fin de que todos puedan pasearse por sus habitaciones y palpar sus libros:

"Que amen como yo amé mi Manrique, mi

Cóngora,
mi Garcilaso, mi Quevedo:
fueron titánicos guardianes, armaduras/
de platino y nevada transparencia,
que me enseñaron el rigor, y busquen/
en mi Lautréamont viejos lamentos
entre pestilenciales agonías.
Que en Maiakovsky vean cómo
ascendió/
la estrella
y cómo de sus rayos nacieron los
espigas".

Resta entonces, ver cumplido ese sueño

Pacián Martínez E.

Neruda: morir para renacer [artículo] Pacián Martínez E.

Libros y documentos

AUTORÍA

Martínez E., Pacián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1983

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Neruda: morir para renacer [artículo] Pacián Martínez E.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa